

Año XLV.

Madrid, Sábado 19 de Septiembre de 1925.

Número 38.

DE JUEVES A JUEVES

Marruecos. No hay atención en España para nada más.

El domingo se libertó la posición de Kudia Thar, cercada varios días. En playa Cebadilla y Morro Nuevo, tranquilidad relativa, pues las tentativas del enemigo son débiles y sin resultado.

Los periódicos llenan a diario páginas enteras detallando, fraccionando, desmenuzando esas noticias, episodio por episodio, rasgo por rasgo.

No es censura, sino sentar el hecho para deducir que en España, al cabo del tiempo y las promesas, sigue sin tenerse Marruecos como el problema único. De ahí que se reaccione con gran viveza, y quizás con desproporción, ante toda novedad que ocurra en África. Este explicable fenómeno se aprecia cualquiera que sea el lugar a que dirijamos la vista.

También Francia opera en Marruecos.

Partes oficiales franceses relativos a haber comenzado el avance en un frente de sesenta kilómetros:

«Se ha iniciado hoy la ofensiva francesa con dirección al antiguo frente al norte del Uaça, partiendo de Zual por un lado y de Taunat por otro. El ataque se desarrolla en condiciones muy satisfactorias»

«Después del éxito de nuestras operaciones al norte del Uaça, realizan el 11 y el 12 nuestras tropas proceden a la organización de la protección militar de los territorios ocupados.»

El la *Gaceta* se ha publicado un decreto de la Presidencia disponiendo lo siguiente:

Artículo primero. Los créditos figurados en el capítulo tercero, artículo único, *Servicios de Artillería*, del vigente presupuesto de gastos de la Sección 13 *Acción en Marruecos*. — *Ministerio de la Guerra*. — Se amplían en la suma de 15.296.150'47 pesetas, en la forma que sigue:

(Sigue el detalle de la ampliación.)

LA CUESTION RELIGIOSA

Orientalismo y abominación

Las perlas de Paulo II y del cardenal Riario.
 Los Carnavales de Roma. — Los santos y doctores, contra la curia romana

Prosigamos:

«Y la mujer estaba cercada de púrpura y de escarlata y adornada de oro y de piedras preciosas y de perlas.» Los colores púrpura y escarlata recuerdan el rojo y el morado y las sedas de los hábitos cardenales y prelaticios de la curia romana. El fausto y el brillo mundanos de la Corte vaticana y jerarquía eclesiástica en tradicionales a través de toda la Historia. Leyendo a Ludovico Pastor se oída uno de los excesos de lujo de la Roma pagana, y se siente trasladado a las viciosas Cortes orientales. La afición a metales y a piedras preciosas y a perlas en prelados, cardenales y aun papas excede a toda ponderación.

En el famoso tesoro de Paulo II hallado a su muerte, se encontraron, aparte de otras escandalosas riquezas, 54 grandes copas de plata llenas de perlas que esperaban aplicación. Hablando del cardenal Riario, dice Ludovico Pastor, tomándolo a su vez de las cartas del Cardenal Ammanati: «Todos los principios de moralidad fueron descaradamente escarnecidos por este advenedizo, que en lugar de llevar el hábito de San Francisco andaba en su casa con vestiduras de oro, y cubría a su amiga de perlas finas desde los pies a la cabeza.» Este mismo cardenal Riario celebraba banquetes paganos en los que hasta el pan se servía cubierto de oro y los pescados y otros manjares cubiertos de plata. Y así han portado siempre en magnificencia mundana la generalidad de los cardenales y prelados de curia y de fuera de curia, como los Borja, los Este, los Orsini, los Scarampo, los Bembo, etc., etc. Las fiestas del Carnaval las celebraron durante varios siglos los potentados de la Corte vaticana con un fausto en el que no le superaron los famosos Carnavales de Venecia. Y aun en los modernos tiempos, cuando la divina Providencia arrebató con gran sabiduría a los papas su soberanía temporal y a los prelados las investiduras de ricos potentados, el

afán de riquezas, de fausto, de lujo refinado y de brillantez oriental son la característica de nuestra burocracia eclesiástica, que conserva en el tesoro vaticano ociosas riquezas de un valor imponderable, que hace palidecer a los famosos tesoros rusos, y viste a sus representantes de metales preciosos, pedrería, ricas sedas, costosísimos encajes, que pignan manifestamente con la pobreza y sencillez del Redentor de los hombres...

Respecto al modo de ser de la Curia romana, que se contiene en el resto de la profecía bíblica que comentamos, no hablaré yo, sino los santos y doctores aprobados.

El célebre Alvaro Pelayo, para quien el Papa era un semidiós, y que en unión de Agustín Triunfo había hecho una exagerada defensa del Papa Juan XXII contra Marsilio de Padua y Juan de Jordán, decían de los papas de Aviñón: «Son lobos que dominan en la Iglesia; se apacientan de sangre»

Santa Catalina de Sena (*Acta Sancti*, Abril, III, 891) decía: «La Corte pontificia, que debía ser un paraíso de las virtudes, da hedor de todos los vicios del infierno.»

El agustino Luis Marsigli llama a los cardenales «avaros, disolutos, inoportunos»... En la crónica de Rimini se dice que «los cardenales tenían vida criminal con toda lujuria».

Pedro Pablo Vergio, íntimo consejero de papas y que dirigió a los cardenales congregados en Concierto para la elección de Gregorio XII, decía públicamente: «Hay muchas bulas en que Pedro y Pablo no tienen sino la efigie»

Un prelado inglés decía con asperanza a Martín V, que si no se reformaban con urgencia los abusos, las autoridades seculares pondrían mano en ello.

El célebre maestro Juan Nider, dominico, en su obra *Formicarius*, escribe: «Respecto a la reforma de la Iglesia en lo presente y en lo porvenir, no tengo confianza alguna, pues por una parte falta la buena voluntad en los súbditos (en la secta de la beatitud), y por otra, la mala disposición de los prelados le pone un obstáculo.»

Y así otras innumerables afirmaciones, que no pueden traerse aquí y que pueden leerse en San Antonio de Florencia, Leonardo Bruni, Felipe Mezerles, cardenal Landriano, Jacobo de Jüterbergk, Dante, Petrarca, Vitoria, Mariana, Soto, Pedro de León, etcéte-

ra, etcétera; todos ellos varones insignes y grandes defensores de la fe católica; la mayoría prelados, santos y religiosos.

Terminaremos otro día este esbozo periodístico.

J. TORRUBIANO RIPOLL
(De El Liberal de Madrid.)

DUDAS

¿Cuál está en lo cierto, el hombre que condena las más insignificantes transgresiones del orden moral, ó el que disculpa algunos crímenes? Hace tiempo hubiera contestado sin vacilar á esta pregunta: hoy no me atrevo.

En los primeros años, cuando aún no se ha sacrificado nada á la necesidad de vivir ni tropezado en ninguna de las piedras que hacen tan áspero y rudo el camino de la vida, la intranquilidad, hija de la honradez si no obedece á pequeños móviles, falla sin apelación, y condena todo aquello que esté en contradicción con los principios de moral reconocidos y aceptados; pero cuando los días pasan y se aprende que las apariencias determinan en muchos casos la bondad de las acciones y que la opinión modifica sus juicios á cada instante, la tolerancia, hija de la experiencia, se impone á los espíritus más absolutos.

Desgraciado el joven que no se indigna! La indignación supone rectitud, y aun cuando se equivoque el que la siente, nunca deja de tener un fondo de justicia que la hace compatible con los sentimientos nobles y levantados: de ahí la fuerza del sectario. ¡Pero más desgraciado aún el viejo que no transige! El que ha vivido mucho, ha visto la poca solidez del andamiaje que sostiene el edificio social, y no obstante, jurga y condena sin apelación, ese hombre, ó carece de criterio, ó preten de aparecer con un falso barniz de virtud que le ponga en condiciones de inspirar confianza á fin de llegar sin obstáculos al punto que se propone.

Imposible parece que nos atrevamos á faltar á cada paso al precepto del Evangelista: «No juzguéis á los demás si quereis no ser juzgados», siendo tan fácil compaginar la idea de justicia con la lógica de la necesidad y los arrebatos de la pasión. Al hombre que pretendiese tener á priori resueltas todas las cuestiones, bastaría ponerle frente á frente de cualquiera de ellas, para verle vacilar y seguir á ciegas el impulso de su corazón ó el de su conveniencia.

¡Resolverlas de antemano! Si al más juo, al que menos obligado se hubiese visto á transigir con algo que le repugnara, se le dijera antipáticamente que en un trance de su vida obraría de un modo equivocado, de seguro que su indignación no reconocería límites; y no obstante, aquel hombre habrá re-

trocedido alguna vez hasta traspasar la línea divisoria del deber, por más que luego haya podido avanzar y colocarse de nuevo en el terreno que á su pesar abandonó.

Es expuesto á equivocaciones lamentables el emitir juicio sobre la conducta de los demás, mucho más si ha obedecido á la necesidad de vivir. ¡Cuántas veces resultarían virtudes ciertos actos aparentemente censurables, á poder penetrar en el móvil que presidió á su ejecución! ¡Y cuántas otras, dadas la miseria y el abandono de ciertos seres, deberíamos disculpar la falta de una hija, de una madre ó de un hombre!

A los abismos sociales se baja comúnmente paso á paso, volviendo atrás la vista para agarrarse á la primera mano compasiva que intente detener á la víctima; y lo que se califica de perversión moral, suele ser resultado de circunstancias fortuitas é inevitables. No todos los que condenan una falta habrían luchado tanto por no cometerla como el desgraciado á quien censuran.

De ahí mis dudas, y que no me atreva á decidir si la razón está de parte del hombre que condena las más insignificantes transgresiones del orden moral, ó del que disculpa algunos crímenes, aunque si me viera obligado á dar mi opinión, me pondría sin vacilar de parte del segundo.

JOSE NAKENS

1877

Mi tía la beata

Cuando, huérfano y pobre, abandoné mi aldea nativa para venir á refugiarme en casa de mi tía Pascuala, aun estaba ésta bien conservadita, muy frescachona, de buen ver, como vulgarmente se dice.

Confesaba hacía cuarenta y dos años, y permanecía soltera, y virgen... (piadosamente pensando). Tenía ahorraditos algunos miles de duros, y aparte de esto una pensión vitalicia que le había dejado consignada en el testamento aquel egregio varón, aquel portento de virtud, aquel bienaventurado fray Vicente á quien en vida había mi tía prestado muchos y muy buenos servicios.

Era la buena señora muy piadosa, muy morigerada en sus costumbres, muy rigurosa en sus ayunos y abstinencias, muy temerosa de Dios, y no digo que muy amable en su trato, porque aun conservo salvo la parte un chichón que me hizo al tirarme un zapato un día que venía de comulgar.

No sé por qué se me figuró que era un poquito avara; tal vez suposiciones malas, pero ello era que me tenía rablando de hambre. El buzo más expuesto se hubiera visto en un gran apuro para encontrar un garbanzo en aquellos mares de caldo transparente y

cristalino con que todos los días me ob equibaa.

Y me decía, acostándome con los Santos Padres: «La bestezuela de la carne no se sacia nunca; cuanto más se le da más quiere.» «Acostúmbrate á dominar tus apétitos, y te saciarás de manjares divinos.»

Y luego, arremando el ascua á su sardina, ó sea el Evangelio á su propia conveniencia, añadía con todo el énfasis de un padre grave: «No tan sólo de pan se mantiene el hombre... etc.» Con todo lo cual me quedaba yo en tales éxasís de fervor piadoso, que se me abría una boca como un pan de dos libras.

Respecto al sustento espiritual, no habrá jamás harturas que pueda compararse á la que yo disfrutaba.

En cuanto clareaba el día y las monjas del Sacramento tocaban á maitines, ya estaba mi tía dándome voces desde su cama, ¡hortándome á la oración matutina.

—¡Pero, muchacho! ¿Duermes todavía? ¡No has oído la camorra?

—Sí, señora—contestaba yo—. He oído así... como campanas, pero no sé dónde.

—Despáivate y haz la señal de la cruz. ¿No tienes agua bendita en la pillilla?

—No, señora... Como anoche se me olvidó poner agua para el gato en la cazuela, se conoce que el animalito ha tenido sed y se ha bebido el agua bendita.

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué profanación! En castigo, hoy te quedas sin chocolate.

—¡Justo! ¡Eso es! Hace un mes lo menos que no lo tomo. Ayer porque me ref en la iglesia... anteayer porque me dormí rezando el rosario... el otro día porque el viento me apagó la vela del Santísimo... el asunto es que todos los días me deja usted en ayunas.

La condición más fmosa de mi tía era que cada lunes y cada martes me traía hecho un zarandillo enviándome á la parroquia para avisar que le trajesen el Viático. En cuanto cogía un mal constipado, ya me estaba diciendo. «Hijo, anda, vé á la parroquia y que me traigan eso.»

Y tantas veces hacía venir al cura, tanto abusaba de los sacramentos, que llegó á atufarse el padre de almas, y un día que le trajo el Vático y la encontré sentada en un sillón tomándose una jicara de chocolate, se cuadró y le dijo:

—¡Pero, señor!... ¿Usted se ha creído que el Santísimo Sacramento se puede traer diariamente á domicilio como la leche de burras?

En vista de la negativa del cura á traerle á casa el pan eucarístico, todos los días iba á consumirlo en el propio establecimiento; y no era lo peor que ella fuese, sino que á las seis de la

mañana me haría cargar con la silla de tijera y *El devoto feligrés*, y andan lito hacia la iglesia.

Gran pecadora debía de ser mi tía, porque, a pesar de que todos los días se confesaba, todos los días se llevaba una hora charlando con el cura. Después co-nulgaba, tomaba posesión de su silla, y permanecía en el templo hasta que los fieles se marchaban, y un monaguillo (con quien yo andaba al morir) se acercaba de muy mal humor, y agitando un manojo de llaves, le decía: —¡Vamos!, señora, que se va a cerrar!

¡Cuánto sufrí yo teniendo que oír ó ver diez ó doce misas diurnas! ¡Con qué ansia esperaba á que mi tía se quedase en uno de sus arrobamientos místicos para tomar el portafolio y hacer la procesión del niño perdido! Lo mal era que los más de las veces me pescaba *infraganti* en mis conatos de fuga, y cogendome por un brazo me pellizcaba, diciéndome: —¡Quietos aquí, hereje!

Y luego, alzando la voz y poniéndose en escénica ante los fieles, que con la ría en los labios nos miraban, me daba instrucciones del modo de confesarse. —¡Santigüate! ¡D la confesión! ¡Ponte en pie, que están leyendo el Evangelio! ¡Arrodíllate! ¡D te golpes de pecho! ¡Vuelve á levantarte!

Vamos, que me volvía tarumba.

Aún recuerdo la mañana aquella en que mi tía pescó la pulmonía que la echó al hoyo.

Era una de las más cruellísimas de invierno: se celebraba la fiesta de *La Candelaria*; el altar mayor estaba cubierto de cirios y velas; multitud de fieles ocupaba el templo.

A causa del calor que la combustión de las velas despedía, la aglomeración de las gentes y las masas de humo con que los incensarios llenaban el ambiente, se hacía imposible la respiración.

Un acólito, á quien sin duda molestaba aquella atmósfera, tiró de la cuerda que pendía de la adintelada de una ventana, y al abrirse la ojival vi drieran con sus angelotes de colores de pimentos y tomates, penetró la ráfaga de viento que traía en sus alas la saeta que había de matar á tan estúpida beata.

—¡Ay, hijo mío! —me dijo cuando, sintiéndose enferma, abandonamos la iglesia y llegamos á casa—. Vete á buscar á don Luis... ya sabes... el sobrino de mi difunto amo, y dile que venga. Siento así un dolorcillo en el costado... ¡Ah! Espera. Antes de irte reza una salve á la Virgen para que me ponga buena, y... cúlental una bayeta para ver si entro en razón.

Acostóse mi tía, avisó á don Luis, que dejó con un palmo de nariz á una penitente que estaba confesando. Llegamos los dos, y vimos que mi tía,

tan coloradota de suyo, estaba pálida como un cadáver.

Mucho me extrañó el ver que don Luis lloraba como una mujercilla; pero más me sorprendió el que, aprovechando un movimiento de cabeza que yo hice, plantificase á mi tía el más sonoro beso de que hacen mención las crónicas clericales.

—Anda —me dijo mi tía—, avisa el Viatlico.

Y cumpliendo su orden, salí con dirección á la parroquia, quedando en la alcoba mi tía y el presbítero.

Cuando le dije al cura que llevase el Viatlico, puso una cara como un demonio, y exclamó:

—¿Otra vez volvemos á las andanzas?

—No señor; ahora va de veras. Mi tía está enferma de verdad.

—Nicolás —dijo el cura dirigiéndose á un acólito—, apaña los trastos y vamos á ver si esa revienta de una vez.

Administráronle los sacramentos. Para darle la extremaunción, costó Dios y ayuda abrirle la mano derecha: tenía en ella una moneda de cinco duros.

A las doce de la noche perdió el conocimiento y la acometió un fuerte delirio, prorrumpiendo en frases que á mí me parecieron incoherentes, tales como: —¡Luis! ¡Por Dios, que no abandones á nuestro hijo! ¡Lo has olvidado! ¡Que no le abandones!

Poco después, menudas gotas de sudor cubrieron su frente; después intentó hablar... Después... exhaló el último suspiro.

A los pocos días se abrió el testamento, y en él había una cláusula que me partió por el eje:

«Nombro heredero de mis bienes á Luis San José, expósito número... de la Inclusa de...»

X.

Una reliquia

Era Cuervo un poblachón de muy ejemplar modelo, por la especial devoción que en su religioso celo profesaba á San Abdón.

Y Toro, que era un lugar cercano á Cuervo, y también muy devoto y ejemplar, tenía por titular de su iglesia á San Senén.

Un odio antiguo existía entre los dos, con motivo de una reliquia que había y cada uno atribuía á su santo respectivo.

La reliquia que aserguro á go de misterio entraña, era un cuerpo un poco duro, de color bastante oscuro y de forma un tanto extraña.

A juzgar por la impresión que causa su aspecto externo, parece el cuerpo en cuestión un hueso en forma de cuerno (dicho sea con perdón).

Los milagros que él hacía es imposible citar, pues como un cura decía, querierles contar sería cuento de nunca acabar.

Por su virtud y excelencia halló paz el afligido, los pecadores clemencia, las doncellas buen marido y los maridos paciencia.

Los unos sus alegrías, gloria eterna los demás á la postre de sus días; de modo que exigir más fuera pedir golías.

Siendo a fiquén censurara el móvil de la quimera que á los dos pueblos separa, al pretender la preclara reliquia tan milagrera?

Reliquia que en tal cuestión, de sus tesis en sostén, atribuye con tesón los de Toro á San Senén, los de Cuervo á San Abdón.

De tan remotas calendas venían aquellos lances, que ya en antiguos leyendas se detallaban los trances de las devotas contiendas.

Mas como nada hay que tuerna de la fe el exaltamiento, cada bando al fin refuerza con argumentos de fuerza la fuerza de su argumento.

Y de aquí que los místes se hinchasen en sus jaraas, y entre dimes y diretes anduvieran á cachetes casi todas las semanas.

Aquel odio inmemorial entre los de Cuervo y Toro llegó hasta la época actual, con manifiesto desdoro del progreso intelectual.

Y decidióse en conjunto, á fin de que los agravios cesaran de todo punto, el someter el asunto á una comisión de sabios;

la que, examinando el hueso, formó el debido proceso, dictó su fallo en un mes, y devolvióle después facturado en tren expreso.

Leza, se esparce en seguida la noticia, y sin tardar cual por resorte movida, se vió la gente reunida de uno y de otro lugar.

Y al momento se barajan los dos bandos, y se empujan, y se encojan y se ultrajan, y se suben y se bajan, y se aprietan y se estrujan.

Y uno chilla, otro berrea, éste reclama atención, aquél grita ¡Que se leal á lo cual da la asamblea su aplauso y aprobación.

La carta reveladora uno á coger se apresura, con la vista la devora, y luego con v. z. sonora así empieza su lectura:

«Señores: la comisión después de prolijo examen de la reliquia en cuestión, dicta sin vacilación el subsiguiente dictamen:

Resulta verdad palmaria que la reliquia presente es una pieza dentaria de un *mammuth* perteneciente á la época cuaternaria.

Y por tanto, desde ahora deniega que á *santo* alguno pertenezca. Sin demora. Madrid, Marzo treinta y uno. La Comisión inspectora.»

Ved por qué equivocación pueblos de tal beatitud sufrieron la aberración de prestar adoración á la muela de un *mammuth*...

Si lograra un povenir de tanta reliquia expuesta el origen inquirir... ¿cuantas historias como ésta saldrían á relucir?

R. CASELLAS

Cine clerical

LAS COSAS CON TIEMPO

—¿A que no averigua usted por qué venimos á visitarla?

—¡Qué sé yo! Son ustedes tan amables y cariñosas amigas, que...

—Nada de eso. Venimos á darle un sablazo.

—¡Esta doña Emerenciana siempre tan bromista!

—No, no; si dice la verdad.

—¡Válgame Dios! Vaya, pues *asiéntense* y digan lo que es ello.

—Pues ya sabe usted que el mes que viene inauguramos la nueva capilla del Rosario que se ha construido en la parroquia, gracias á la generosidad de la señora condesa, y queremos las devotas de la Virgen organizar una novena suntuosa. Predicarán los Padres Dominicos. Suben ya los gastos á seiscientas pesetas, y nos hemos acordado de usted.

—Pues, hija, no me hace mucha gracia el recuerdo.

—Vamos, no lloriquee, pues como ya suponíamos que le parecería caro, hemos dividido los gastos para dos, y usted sólo pagará trescientas y lo demás doña Enriqueta, la viuda del coronel.

—¿Y ustedes cuánto pagan?

—¡Nosotras? ¿Cree usted que no hacemos bastante subiendo y bajando escaleras, y llevando muchos sofiones, sólo para honrar á la Virgen? Pues no todas valdrían para ello.

—Lo creo. Yo sería una de ellas.

—¡Si todas pensáramos así!

—Es que hay mucha gente que no cree que sean necesarios esos despilfarros para honrar á Dios que nada necesita. En este caso mismo, ¿qué necesidad tiene la Virgen del Rosario de esta novena? ¿No podían haber organizado un reparto de ropas y limosnas para los pobres? Eso sería más práctico.

—Nos deja usted atónitas, doña Luisa. ¿Pero es que la Virgen no se lo merece?

—La Virgen se lo merece todo; pero los pobres lo necesitan más. Hay que hacer las cosas á tiempo y acudir á lo más apremiante y á lo más lógico. Y eso son los necesitados. De modo que me borran ustedes de esa lista y esas trescientas pesetas las entregaré para los pobres de la parroquia.

—¡Por Dios, doña Luisa, no haga usted ese disparate! ¿Qué dirán los Padres? ¿Qué dirá la camarera de la Virgen?

—Que digan lo que querrán. La Virgen tiene ya altar y capilla nuevos... pues ya tiene bastante.

FRAY GERUNDIO

CARTA ABIERTA

Sr. D. José N. kens.

Mi querido amigo:

La presente tiene por objeto el comunicarle á usted y á los lectores de EL MOTÍN una buena noticia.

En el número 36 de EL MOTÍN apareció una carta en la cual protestaba del infame atropello que un sacerdote cometió en mi hogar estando yo ausente, para bautizarme mi hijo. Como es de suponer, mi indignación no tuvo límites y cerqué al salvador de almas, y ante el temor de los tribunales y otras cosas... que no son los tribunales..., me ha declarado en un documento que poseo que el bautismo de mi hijo queda sin efecto, nulo. Sin inscribirlo en los libros parroquiales, y por lo tanto, *sin bautizar*.

Así, pues, una vez más espero de su reconocida bondad, le dé usted publicidad á esta carta en EL MOTÍN, que dando mientras tanto suyo afectísimo amigo y discípulo

IGNACIO CORNEJO

Valverde del Camino, 13-9-1925.

En el artículo á que este amigo alude, se cometieron dos erratas de imprenta: la de llamarle á él *Corujo* en vez de *Cornejo*, y otra, la de que el bautismo se le había aplicado á una *hija*, en vez de á un *hijo*.

Dada esta explicación, sólo queda por rectificar la noticia de que el niño fué regenerado con el agua del bautismo, pues según el cura que se lo administró, no le imprime carácter.

Menos mal.

El reverendo Rafael Lónida, de la Orden de los benedictinos, fué llamado en 1754 á Sueca para predicar durante la cuaresma en la iglesia de la Santa Concordia, fuera de la ciudad.

Un día, después de disertar sobre las obligaciones de los maridos, y de aconsejarles que no se dejaran dominar por sus mujeres, lanzó lo siguiente:

—Yo apuesto que las nueve décimas partes de los maridos aquí presentes viven esclavos de sus mujeres y sólo hacen lo que ellas quieren.

Un sordo murmullo acogió estas palabras.

—Pues bien, continuó el reverendo; si aceptáis la apuesta, venid á mi casa uno á uno, os preguntaré, y después de haber oído las manifestaciones de todos, podré juzgar si me equivoco ó no. El que no esté decidido por su mujer, tendrá como premio un saco de trigo.

Los maridos acudieron á la cita, pero ninguno alcanzó el premio.

Ultimamente llegó á la casa de fray Rafael un campesino con el propósito de ganar la apuesta.

Por más que hizo el *páter* no logró vencerlo, y, dándose por vencido, le dijo:

—¿Traes el saco para llevarte el trigo?

—Sí, señor; aquí está.

—Debías haberlo traído más grande. —Ya lo dije yo, pero mi mujer se opuso.

—¡Al fin te pesqué!, exclamó el padre. Vete por donde has venido, y come cebada y paja, que el trigo no se ha hecho para imbéciles marrulleros como tú.

Amigos que han enviado cantidades para ayudar á EL MOTÍN

Juan A. Barquero, Tarrasa, 25 pesetas.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

San Tirso.—Alvaro Aenlle, abonada sus suscripción á fin Febrero 1926. Palma.—G. Briel Alomar, id. á fin Septiembre 1925.

Santa Cruz de la Palma.—Antonio Ramos, id. á fin Diciembre 1925.

Cheste.—Leoncio Guillén, recibido su giro de 20 pesetas; conforme.

Pueblo Nuevo del Terrible.—Marceliano Gómez, id. de 5'50; conforme.

Bilbao.—Jesús Martínez, id. de 10; conforme.

Tomelloso.—Alejandro Román, idem de 30; conforme.

Valverde.—Manuel Parreño, id. de 40; conforme.

Bines.—Cayetano Felipe, id. de 40; conforme.

Imp. Juan Pérez.—Paseo de Valdecilla, 2.